

Emplazamientos contemporáneos al quehacer de las ciencias sociales

Pablo Cottet Soto

Uno de los desafíos contemporáneos, o emplazamiento histórico, a las teorías sociales lo constituye la manifiesta “indeterminación de lo social”. Las ciencias sociales han sido instituidas por la exigencia histórica de formular un conocimiento legítimo de “el orden social”, lo social ordenado por un conocimiento científico que estableciera los diálogos con el conocimiento institucional del control de lo social emergente, instituyente (Lourau: 1988). La premisa de esta presentación vuelve sobre un tópico conocido en los estudios de las ciencias, aunque frecuentemente olvidado: lo social aparecerá en su comienzo moderno como proyección de una demanda estatal sobre las ciencias, las que pondrán en marcha la producción de un conocimiento sobre las determinaciones de lo social. Las más duraderas y productivas categorías que las ciencias sociales han puesto en forma, conocen lo social ordenándolo, ajustándolo a virtuales determinaciones.

El momento contemporáneo viene a agitar la conquistada estabilidad categorial de las ciencias sociales, ante todo sacude el rendimiento conceptual que ha atendido lo social determinado, emplazando flujos de lo social indeterminado. Emplazamientos del acontecer social que remecen lo social conceptuado por las ciencias sociales, acontecimientos que escapan a la sustancialidad con la que las ciencias sociales han ordenado lo social conociéndolo. Síntomas de esta situación: la apertura polisémica del término “social” (una mesa de este Congreso se dedica a examinar tal estado de situación), la diversidad de procesos de individuación que rebasan los procesos de socialización, las luchas políticas en tanto luchas por los conocimientos legítimos, entre otros emplazamientos destacados.

1. Las búsquedas modernas al estatuto de teorías sociales

Brevemente, llamamos *clásicos* de la teoría social a los aportes realizados por K. Marx, Max Weber y E. Durkheim. En ellos es posible encontrar un rasgo de interés para el caso de los emplazamientos contemporáneos a saber, sus investigaciones son situadas, localizadas en problemas que demandaban comprensión, conocimiento sistemático para administrarlos: las luchas obreras europeas y el fin del capitalismo, el protestantismo alemán como aporte secular al despliegue del capitalismo, el suicidio en Francia como cifra del síntoma anómico de unas reglas de convivencia en tránsito de mecánicas a orgánicas.

Interesa distinguir el carácter situado de sus investigaciones de lo que serían sus usos posteriores. Unos usos que aspiran a ser omnicomprendivos y normativos, que capturan cada fenómeno y lo explican bajo las ecuaciones deductivas convertidas de herramientas teóricas en teoremas. Comprender el ejercicio teórico como el tratamiento de problemas situados mediante unas herramientas conceptuales, me parece un aporte decisivo de Michel Foucault (1978), otro autor al que se le han dado usos omnicomprendivos y normativos.

Tenemos aquí un primer problema: ¿Qué hace que dos condiciones para practicar la teoría social, problemas situados y rendimiento heurístico de unos conceptos, se vean anuladas en ciertas apropiaciones posteriores erigidas en sistemas teóricos totales para una completud social?

2. La búsqueda sin retorno del siglo XX

Una secuencia podemos reconocer en las búsquedas teóricas del siglo XX, tal secuencia está asociada a la problematización escalar de la teoría social, como si la práctica teórica estuviese guiada por un consenso profesional: “hacer teoría social es un problema de escala”.

Así se formularon los más conocidos aparatos teóricos totales (T. Parsosn, N. Luhmann, J. Habermas), los que encontraron comunidades doctrinales que los cultivarían y cultivan. Como reacción morigerante aparecen las propuestas de practicar la teoría bajo la escala del llamado “alcance medio”, en la famosa denominación de R. Merton (2002). Si en el primer caso se trata de ampliar el alcance teórico al ordenamiento de la totalidad social, en el segundo caso se trata de administrar tal búsqueda, de programarla avanzando hacia tal totalidad por varias generaciones de investigadores sociales que formularan teorías de alcance medio. Una renuncia a la aspiración omnicompreensiva y normativa es la notable jugada de Harold Garfinkel (2006).

La práctica teórica de la aventura etnometodológica puede ser entendida como holográfica. La convicción de Garfinkel, consistiría en estudiar micro-situaciones en las que se pondría en juego el orden social como totalidad confirmada en un conjunto de reglas, conocidas por los actantes que las interpretan como los músicos de una orquesta sus partituras musicales, de allí la coordinación de las acciones. La diferencia entre fotografía y holograma es una entre extensión e intensidad. Una fotografía es extensiva, un holograma intensivo, en una fotografía la imagen es una extensión de puntos, en un holograma cada punto tiene toda la información en intensidades crecientes según las relaciones entre los puntos (o nodos). Cada situación de la vida cotidiana pone en juego lo social ordenado como totalidad siempre incompleta.

En esta secuencia de cambios de escala, interesa atender el gesto técnico del hacer teoría. Tal gesto técnico está capturado por los términos en que los clásicos hicieron teoría social y por sus usos posteriores. En el viaje hacia una teoría social total y completa se expresa el vector instituido y profesionalizante con el que fueron apropiados los aportes clásicos. En la fuga hacia la micro-situación cotidiana de la etnometodología la práctica teórica no busca explicar la completud de una totalidad social, sino descifrar lo social como ordenamiento múltiple que busca completarse sin lograrlo. Pero es quizás la noción de “alcance medio” la que más nítidamente pone al centro la pregunta ¿Para qué hacer teoría social? Su respuesta en lo inmediato: para investigar fenómenos sociales históricamente situados. En lo

estratégico: acumulando conceptos que demuestren tener rendimiento en la investigación científica de lo social, se irá consumando una verdadera ciencia social.

Así queda administrada la deriva científica de la teoría social. Una deriva científica en el sentido moderno. Es decir, la teoría social es *para* la investigación científica de lo social, entendida como la producción de conocimiento que articula dos pruebas, una teórica y otra empírica. Hay que recordar que la ciencia moderna traduce la antigua y clásica búsqueda de la verdad, por el encuentro y recuento de certezas, se trata de producir las condiciones que generan aciertos, resultados ciertos. Para producir certezas es necesario contar con las pruebas en las que se acierta o se hierra, esas son las condiciones de la producción científica: debe convertir el ejercicio teórico en una prueba teórica que articulará con otra prueba, una empírica.

Me parece que es necesario recuperar el afán investigador asociado al hacer teoría social desde América Latina. Para ello habría que abrir el juego de lo que entendamos por *investigación* social, primero. En segundo lugar, abrir el ejercicio teórico sobre lo que llamemos *social*, es decir sobre el estatuto del socius. Y en tercer lugar, atender los específicos y singulares *emplazamientos* contemporáneos reconocidos desde Latinoamérica.

3. Hacer teoría social para investigaciones más allá de la prueba

Articular pruebas teóricas con pruebas empíricas, es decir investigar probatoriamente, no es la única manera de investigar lo social. Habitualmente, sobre las prácticas que desarrollamos en el Instituto de Humanidades (Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile), se nos califica de parte de colegas que realizan investigaciones probatorias como “investigaciones bibliográficas”. Me parece que se trata de un estatuto reduccionista del ejercicio teórico social.

El problema es que está hondamente encarnado en las prácticas institucionales que realizamos cotidianamente, en nuestros lugares de trabajo. La división social del trabajo en la investigación social, ha generado un lugar común que no empezamos a elaborar aún: conocimientos teóricos y conocimientos metodológicos, se dice en los circuitos de la investigación social, académica o aplicada. Se trata de carreras académicas y profesionales, de campos con cierta autonomía y de tópicos tales como: lo importante es la articulación teórico-metodológica, hay marcos teóricos distintos para conjuntos de problemas distintos, las metodologías y técnicas de investigación social tienen su rendimiento autónomo de cualquier enfoque teórico, o no.

No esperaríamos que se termine con tales lugares comunes, sino que explorásemos más allá de ellos. Explorar más allá del estatuto de prueba otorgado por la ciencia moderna al ejercicio teórico. Para ello, pareciera necesario volver a la premisa de los clásicos: investigar lo social es construir comprensiones de segundo orden ¿Qué sentidos le otorgan a

determinadas acciones sus participantes bajo qué reglas comunes? Como los fenómenos que estudiamos, esos que llamamos *sociales*, ya son comprensiones de lo social (lo que Bourdieu denominó “sociología espontánea”).

Investigamos fenómenos que son reconocidos como requerimientos históricos para nuestras formaciones sociales contemporáneas. Y correspondería atenderlos desde múltiples ángulos, más allá de la exclusividad probatoria. En este sentido, me parece que hay dos grandes operaciones por tratar: las comunidades hiper-especializadas y los aparatos multi/inter disciplinares. Son dos modalidades con que las agencias de promoción, financiamiento y control de la producción de conocimiento abordan los emplazamientos contemporáneos al quehacer de las ciencias sociales.

Resumidamente, en el contexto de la “sociedad del conocimiento y la información”, o del estadio contemporáneo del modo de producción ampliado conceptualizado como “capitalismo cognitivo”, la investigación académica y aplicada, también la investigación social, es altamente exigida en su producción, globalmente articulada según la distribución desigual y combinada que establece el eje geopolítico norte-sur. En formaciones sociales céntricas se realiza investigación, también social, “avanzada” (bajo el formulismo de I+D, innovación y desarrollo), en formaciones sociales periféricas se realiza investigación social especialmente “aplicada”. Esta característica contemporánea, es la que para algunos autores impide el desarrollo autónomo de la teoría social en América Latina (D. Chernilo, A. Mascareño, 2005).

En tales condiciones los circuitos institucionales han generado dos respuestas: las comunidades académicas hiper-especializadas, con sus ritos y prácticas legitimadoras (revistas de corriente principal, congresos y encuentros mundiales periódicos, centros de estadía para movilidad académica, etc.), que proliferan globalmente haciéndose cargo de problemas cada vez más reducidos. Complementariamente, y en sentido inverso, los esfuerzos institucionales por montar aparatos de investigación multi e inter disciplinares, constituye otro flujo de respuesta a lo que hemos llamado emplazamientos sociales contemporáneos al quehacer de las ciencias sociales.

Habría que estar atentos a estos dos flujos, no para resistirse o marginarse de ellos, sino para saber cómo situarse. Responder las preguntas epistemológicas por excelencia ¿Para qué y para quiénes se investiga desde allí? ¿Cómo circula el ejercicio de la teoría social en tales investigaciones? ¿Es posible explorar zonas más allá de la investigación probatoria?

4. ¿Qué queda de lo social?

Es sintomático, de los emplazamientos contemporáneos al quehacer de la investigación social, la dificultad para seguir nombrando las formas del *socius*. Todos sospechamos cuando escuchamos: “tenemos que aprender *como* sociedad”, y recordamos la distinción de F. Tönnies entre comunidad y sociedad, para entender que se apela a una comunidad

perdida (¿el país? ¿la sociedad civil? ¿la patria? ¿la ciudadanía?). O cuando otros hablantes públicos le hablan a la “población” ¿alcanza la construcción estadística para cubrir el socius? También a la “opinión pública”, otro espectro éste puesto en circulación en la época de la declinación de lo público y, sobre todo, de la opinión como ejercicio de socialidad.

Pero los propios emplazamientos, las irrupciones de lo social indeterminado, reclaman atención investigadora, para la que las apropiaciones teóricas de la totalidad social completa no alcanzan, que no sea para militantes o feligreses. En este lugar, me parece sugerente la propuesta de Bruno Latour (2008) de considerar el socius como aquello que hay que explicar cada vez que se actualiza en distintas formaciones. La distinción, didáctica, que realiza el autor es entre investigar siguiendo a los actores, sus acciones y recursos o, en frente, explicar lo que hacen los actores desde algún sistema teórico total. Dos estatutos distintos del socius: una realidad sustancial (especie de adhesivo, cemento) que vincula o el acontecimiento de lo común del que hay que dar cuenta según sus actores. Más allá de la discusión sobre el valor de la denominada “teoría del actor red”, parece una postura afín al planteamiento de esta presentación: los emplazamientos contemporáneos, en tanto emergencias del socius indeterminado, requieren una investigación que siga a los actores.

En este lugar sería necesario, proponer tres herramientas conceptuales propias a cualquier ejercicio teórico propio de la investigación social, más allá de sus formatos probatorios. Estas herramientas son los campos semánticos y polémicos abiertos por las palabras: acción, sentido e institución. Me parece que la problematización de tales campos, debiese estar siempre presente en investigaciones que sigan a los actores. Precisamente, porque la acción es lo que le otorga el carácter social a todo sujeto, toda vez que tal acción se orienta por sentidos disponibles históricamente, suministrados y administrados por las distintas modalidades de comprensión de lo que se denomine institución.

Dos pistas para trabajar respondiendo, cada vez, la pregunta ¿qué queda de lo social? Dos pistas para hacer teoría social investigando lo social, más allá de los formatos probatorios. Primera pista, atender los fenómenos sociales en su indeterminación, siguiendo a los actores. Segunda pista, incluir siempre el uso de tres herramientas polisémicas con las que seguir a los actores: acciones, sentidos e instituciones.

5. Los emplazamientos desde Latinoamérica

Seguramente que hacer listados de fenómenos característicos de emplazamientos contemporáneos desde Latinoamérica, no tenga mayor interés en una presentación como esta que ya se extiende más de lo aconsejado, además que ya sospechamos de su exhaustividad, imparcialidad y desconocimiento de las dinámicas situadas que efectivamente están aconteciendo. Por lo mismo, me parece conveniente más bien compartir dos énfasis y una conjetura, al respecto.

Un primer énfasis, me parece imprescindible descartar los enfoques identitarios del tipo “américa profunda”, como si diésemos por sentada una identidad singular de pueblos, etcétera. Las discusiones abiertas por el quehacer teórico reconocido por los términos “colonialismos”, “poscolonialismo” y “decolonialismo”, han tenido la gracia de desustancializar Latinoamérica. Con eso es suficiente, ni siquiera es necesario tratar estos aportes a las investigaciones de lo social como sistemas teóricos de totalidades completas. Se trata de volver a habilitar las preguntas por lo que la vida cotidiana latinoamericana demanda, en lo que se refiere a “seguir a los actores”.

El segundo énfasis está referido a la cuestión de hacer teoría social desde Latinoamérica. Como señala un amigo (Alejandro Fielbaum, 2015): no se trata de *unas* teorías sociales latinoamericanas, ni de unas teorías sociales *para* Latinoamérica, sino de habilitar el trabajo teórico desde las condiciones específicas, diferentes y equivalentes, que concurren históricamente en lo que contemporáneamente configura Latinoamérica. Es posible pensar la humanidad, su convivencia históricamente configurada en diversas actualizaciones del socius, desde Latinoamérica.

Aquí, para terminar, la conjetura. Utilizo el término a propósito, para diferenciarlo de “hipótesis”, que reduce las intuiciones al sistema probatorio. Consiste, esta conjetura, en proponer que la renuncia a un determinismo identitario es una condición típicamente latinoamericana. Digo condición, por cierto histórica, ni identidad, ni esencia. Formulada de otro modo: la pregunta por Latinoamérica es una pregunta siempre fresca, escurridiza, urgente, múltiple y siempre inacabada. Una pregunta insistente jamás contestada por completo. Esta condición, parafraseada como “lugar de deseo y deseo de lugar”, debiese tener mayores afinidades para cultivar unas teorías del socius aconteciendo, más esquivas a la clausura en sistemas teóricos totales de alguna completud social, como para quienes habitan auto-convencidos de constituir el centro de la historia humana.

BIBLIOGRAFÍA

- Chernilo, D. y Mascareño, A. (2005). "Universalismo, particularismo y sociedad mundial. Obstáculos y perspectivas de la sociología en América Latina. *Persona y Sociedad* 19 (3): 17–45.
- Durkheim, E. (1989). *El suicidio*. Madrid: Editorial Akal.
- Fielbaum, A. (2015). Tensiones y posibilidades de la teoría social latinoamericana. José Martí y la amistad de la democracia en (nuestra) América. *Cuadernos de Teoría Social* 1 (1): 9-32.
- Foucault, M. (1978). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- Garfinkel, H. (2006). *Estudios en etnometodología*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Habermas, J. (2010). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Editorial Trotta.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- Lourau, R. (1988). *Análisis institucional*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Lumhann, N. (1997). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Barcelona: Editorial Rubí, Anthropos.
- Marx, K y Engels, F. (2004). *Manifiesto comunista*. Madrid: Editorial Alianza.
- Merton, R. (2002). *Teoría y estructura sociales*. México: Editorial FCE.
- Parsons, T. (1999). *El sistema social*. Madrid: Editorial Alianza.
- Weber, M. (2012). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Editorial Alianza.